



Sueña el príncipe

Enrique Padilla

En tres mil años, descubrirán mi tumba. La gran mentira estará contada en los frescos de la cámara. Conquistas que nunca ocurrieron, batallas que jamás tuvieron lugar, y yo de pie en el carro con el arco presto y los caballos bien sujetos por la mano del auriga. Encontrarán la máscara funeraria y el escarabajo azul, las joyas, las armas, el oro y las gemas, y en mi mano derecha el único objeto que fue realmente mío: un bastón de bronce. Una prueba no de mi potestad, sino de mi deficiencia.

¿Qué sabrán los descubridores de estos pies zambos y mi cadera comba, de mis huesos frágiles, de mi lengua que articula con la lentitud de mis pasos? ¿Qué sabrán de este sol que me aplasta como una pata de buey, de lo difícil que es andar el trecho desde la puerta hasta el palco del palacio, donde el pueblo me recibe con vítores, para después burlarse de mí en la sombra?

Tal vez puedan rastrear el origen de mis deformidades hasta el amor de mis padres, un hermano y una hermana que se amaron, según la costumbre de nuestro pueblo. Pero no conocerán nunca sus hazañas en los lechos de pluma, las sonrisas que se dedicaban al encontrarse en los corredores, o el cariño genuino que me brindaron a pesar de mi cuerpo y que, desde su muerte, intento suplir con la cálida piel de las concubinas.

Fueron los sacerdotes. Los ejecutaron por apartarse de los dioses que los gobernantes habían seguido por milenios. Envenenaron sus copas y los enterraron en mausoleos espléndidos, y luego arrojaron sobre mis hombros el manto de soberano y colocaron sobre mi cabeza el tocado de la serpiente, a sabiendas de que sería

un instrumento suyo, un muñeco de carne para ejecutar su voluntad. Eso fue hace mucho tiempo. Ya no me lastima tanto. Se podría decir que me he resignado.

Ahora, mientras el sol de la tarde se hunde en la arena, los remedios que me han dado los médicos crean ante mis sentidos visiones de otras vidas y otros tiempos. Ciudades, lugares, donde no me rodea el oro sino la inmundicia, y mi cuerpo se roza cada día, a veces violentamente, con el de mis semejantes. Esa otra tumba, más real que la verdadera, será una fosa donde cabrán muchos otros. Pero el cuerpo con que me entierran es el de un hombre: muslos duros y firmes, hombros anchos y huesos inquebrantables. Y el amor que esa carne habrá recibido será también certero y fértil como el limo.

Enrique Padilla

@umafantasiasur

